

Prólogo

La sala de elevado techo estaba a oscuras. El completo silencio que en ella reinaba contrastaba con el ruido distante de los fuegos artificiales.

Frente al gran ventanal que se extendía de piso a techo, había una amplia silla de estilo antiguo y respaldo alto -semejante a un trono- con intrincados adornos en madera tallada. En medio de las sombras, se alcanzaba a distinguir una figura sentada en la silla, mirando distraídamente las luces de la ciudad y los fuegos de artificio que iluminaban el firmamento.

Una mujer con cabello rojo intenso, de unos cuarenta años, entró en ese momento en el espacioso recinto. Se aproximó al hombre -ataviado al igual que ella con una toga negra- parado a cierta distancia detrás de la amplia silla.

—Feliz año 2024 cofrade —susurró la Escorpión Carmina.

—Feliz año 2024 —contestó el Escorpión Hernán en voz baja.

—¿Lleva así mucho tiempo? —preguntó ella haciendo un ademán hacia la persona sentada en la silla similar a un trono.

—Algo, sí. Fue un día tortuoso. Pero asuntos importantes requieren su atención, tendrá que reincorporarse al mundo pronto.

Carmina asintió con la cabeza. Y en un destello luminoso de fuegos artificiales coloreando el cielo de la ciudad, se quedó viendo la imagen grabada en bajorrelieve sobre la parte posterior de la silla: una criatura fantástica, combinación entre escorpión y humano.

—¿Dejó alguna instrucción? —inquirió en voz muy baja.

—Sí. Un encargo para ti —informó quedamente Hernán—. Debes reunirte con un beato en esta dirección —dijo entregándole a Carmina una hoja de papel doblada.

—¿Cuándo? —preguntó ella tomando la hoja.

—En menos de una hora, por eso te mandé llamar con tanta premura. Anoté el resto de las instrucciones en esa misma hoja. Ten mucho cuidado.

—¿Con el beato?

—Sí. Yo estuve presente el día en que salieron. Créeme, fue muy desagradable.

—Me imagino —dijo Carmina, que no tenía nada que imaginar porque había estado ahí ese día, sin que Hernán lo supiera.

—El Viajero estará esperando tu regreso. Para entonces, probablemente ya habrá empezado a desolvidar lo esencial. Verdad, futuro y paz —se despidió Hernán.

—Verdad, futuro y paz —replicó ella en un murmullo, encaminándose hacia la salida.



Carmina entró al cuarto y cerró la puerta tras de sí. Tal como esperaba, el emisario era un niño de unos trece años a lo mucho. Como todos los suyos, lucía extremadamente pálido.

Se sentó a la mesa, frente a él.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Nadie.

—Eso ya lo sé. Pero supongo que tu gente te dice de algún modo.

—Sí. Me llaman Gargajo.

—Ustedes y sus nombres —dijo Carmina con una mueca burlona—. Yo soy la Escorpión Carmina.

—Ustedes y sus títulos.

—Querían hablar con nosotros. Pues bien, aquí estoy.

—Traigo un mensaje de Esperanza.

—¿Cuál es el mensaje?

—Lo traigo tatuado.

—¿Es en serio? Y yo antes pensaba que nosotros éramos los raros —exclamó Carmina socarronamente—. Entonces... ¿me vas a leer lo que traes tatuado?

—Nosotros no sabemos leer.

—Cierto, ¿dónde podrían haber aprendido?

El beato se quitó la camisa dejando al descubierto su delgada anatomía, que era todavía la de un niño. Su cuerpo estaba cubierto tanto de tatuajes como de mensajes.

—Vaya. Así que eres el mensajero oficial —observó Carmina, divertida—. Te estás quedando sin espacio.

—No importa. Nosotros vivimos poco —informó el chico.

—¿Cuál de todos esos mensajes es el nuestro?

El chico señaló un lugar debajo de su clavícula izquierda.

Carmina leyó el mensaje con detenimiento, frunciendo intensamente el ceño al terminar.

Se le quedó viendo al beato con mucha seriedad.

—¿Quién te envió realmente?

—No one.

—Claro —suspiró ella—. No sé por qué me tomé la molestia de preguntar.

Sacó un pañuelo desechable y se sonó la nariz.

—Me imagino que entiendes que esta guerra apenas comienza —dijo después.

—Sí —respondió el mensajero.

Ella asintió con la cabeza. Luego extendió su mano para despedirse.

El chico la miró con desconfianza.

Finalmente extendió también su mano. Carmina cerró la suya alrededor del antebrazo del beato, estrechándolo cordialmente. El beato hizo lo mismo, estrechando amablemente con su mano el antebrazo de ella. Puso luego cara de extrañeza al sentir algo duro.

El mecanismo del artefacto oculto bajo la manga se accionó, y la afilada cuchilla se hundió con gran fuerza en la zona de la muñeca. Sorprendido, el chico dejó escapar un grito de sobresalto, mirando a la mujer con ojos muy abiertos.

La sangre empezó a manar profusamente sobre la mesa.

—Shhh, tranquilo —susurró Carmina, acariciándole el rostro con su otra mano, de forma casi maternal.

Un par de lágrimas rodaron por las mejillas del niño.

—Tranquilo. No tengas miedo. La muerte no es el final, sino apenas el comienzo. Es así como ustedes dicen ¿no?

—No es eso. No tengo miedo de morir —murmuró el mensajero.

—¿Y entonces?

—Es que... nunca nadie me había acariciado —confesó sonriendo con nerviosismo, el semblante crispado por el dolor, los ojos febriles clavados cariñosamente en la mujer de cabello rojo brillante—. ¿Es esto un sueño?

—Posiblemente.

Carmina mantuvo su mano apretada alrededor del antebrazo del beato hasta que éste perdió el conocimiento y se derrumbó sobre la mesa.

Esperó hasta que el niño dejó de respirar.

Se limpió lo mejor que pudo las manchas de sangre antes de salir a la calle y mezclarse con la ruidosa muchedumbre.

—¡Feliz año nuevo! —vociferó un extraño frente a ella, abriendo los brazos como queriendo abrazarla.

Carmina le dirigió una mirada fría y siguió caminando entre la festiva multitud.

Dobló la esquina en la calle Madero. El Alto Escorpión estaría aguardando su reporte.